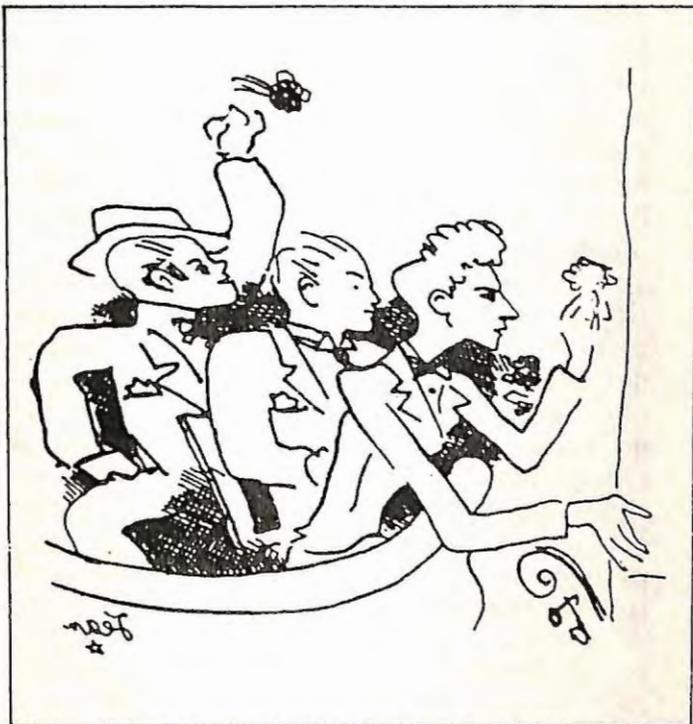


María Eugenia Mudrovic y Cecilia Arias Olmos

Los intelectuales y las "herejías liberales" en Hispanoamérica



Aún a riesgo de caer en simplificaciones que sin embargo no traicionan el problema de fondo, puede decirse que hasta que un modelo político no sea puesto en crisis por teorías alternativas garantiza su vigencia a través de correcciones o reformulaciones parciales que básicamente no alteran sus dispositivos modelizantes. Ahora bien, si se acepta que para el siglo XIX hispanoamericano el liberalismo-constitucionalista era el único modelo disponible desde el que se podía pensar una "normalidad" política, no deja de ser menos cierto tampoco que las banderas del "principismo liberal" ¹ resultaban ineficaces para controlar el marco anárquico que hacia fines de siglo dominaba el continente. La urgente revisión del modelo pareció por ello un callejón sin salida política a una clase propietaria que impaciente por incorporarse

al mercado internacional debió compatibilizar eficazmente, consenso y hegemonía, legalidad política y estabilidad social. Ante tal crisis de dirección algo resulta incuestionable: si no se podía abandonar un modelo liberal avalado por el consenso que surgía de la confianza y el prestigio históricos, lo que quedaba entonces por hacer era reforzar el aparato coercitivo del Estado. En otras palabras, para garantizar la vigencia del modelo las naciones hispanoamericanas se dieron a redefinir una relación más estricta entre Estado y sociedad; y esto, a partir del ejercicio de una función hegemónica que el grupo dominante relegó a la dirección de un caudillo. De esta manera, regímenes como los de Porfirio Díaz, Juan Vicente Gómez, Estrada Cabrera o Roca -en un doble movimiento de legitimidad y traición- legalizaron su autoritarismo sobre bases institucionalizadas que les permitió embanderar sin mucho escándalo la tradición liberal consensuada. Sobre un fondo histórico que estratégicamente los recortaba y diferenciaba de la imagen negativa de "gendarmes necesarios" ² o "caudillos arbitrarios" a la manera de Rosas, Santa Ana o Páez, se erigieron en fundadores de una etapa de pacificación que lucró con los réditos del culto ya edificado al constitucionalismo.

La fachada de legalidad a la que debió apelar el nuevo orden requirió como correlato necesario la competencia de la clase letrada que a partir de este momento pasó a engordar las filas de "empleados de Estado" -como los llama Gramsci ³- afectados a la labor organizativa en un proceso voraz de hegemonización. Demás está decir que el acaso inédito lugar burocrático en el que los recluyó esta nueva división del trabajo, exasperó aún más la desde siempre ambigua inserción del intelectual en el sistema de relaciones político-sociales. ⁴ Era obvio, o por lo menos hoy así podemos afirmarlo, que se asis-

tía a un momento de transición que los alejaba del modelo de intelectual tradicional ⁵ o "adánico" ⁶ a la manera de un Sarmiento, un Bello, un Montalvo... y los acercaba a la categoría representativa y aún no del todo históricamente precisa del intelectual orgánico. ⁷ Si se piensa en casos como los de Justo Sierra, Gil Fortoul, Vallenilla Lanz o Santos Chocano, el proceso de cooptación con el nuevo orden distributivo se realizó al precio de poner en crisis y aún de sacrificar la autonomía y la utopía social ⁸ específicas del protagonismo en el que se vaciaba el modelo anterior, para poner la competencia de su saber al servicio de una hegemonía que muchos leyeron desde un código de inevitabilidad histórica. Los efectos de una dominación articulada sobre reglas de inclusión/exclusión recayó así sobre el sector hasta ahora intocado de los intelectuales considerados no ya desde su posición de excepcionalidad sino como un grupo inmerso en un mismo y único tejido social. Frente a tal estado de cosas, las opciones para el sector se reducían poco menos que a dos: o el intelectual se adecuaba al sistema con el consecuente sacrificio de autoimagen de sujeto "desclasado"; ⁹ o, en el polo contrario de la escala (piénsese por ejemplo, en Blanco Fombona, González Prada, en el Ingenieros de **El hombre mediocre** o en el último Bulnes) se abroquelaba en una posición contestataria, deudora y en muchos sentidos también continuadora del registro emotivo del intelectual-tipo de mediados de siglo. Sin embargo, dentro de los límites de estos regímenes macrocefálicos, las categorías excluyentes de adhesión/oposición que distancian a estas dos series discursivas vienen a confluir en la fuerza centrípeta del Príncipe, instancia de reconocimiento que termina mediatizando los posibles efectos de poder sobre la opinión. ¹⁰ A través de la hegemonización de los discursos o ejerciendo una

LOS INTELLECTUALES Y LAS "HEREJIAS LIBERALES" EN HISPANOAMERICA

tenaz coerción sobre las disidencias, la eficacia del aparato de dominación garantizó su vigencia condicionando todos los sistemas de producción del sentido. Hablar desde el lugar de la oposición no fue por ello un esfuerzo despreciable, sobre todo si se piensa que los con testatarios del orden debieron sortear un riesgo no más perverso que la representación, aunque no menos paradójico: el peligro que supone la eternización en un registro de oposición que acaba por neutralizar los efectos deseados de su propia discursividad. Y el caso de dos con tradictores como González Prada o Blanco Fombona, vienen sin duda a ratificar estos procesos inconscientes de esterilización:

Aunque distante no he olvidado al tirano lo -escribe el venezolano en El diario de mi vida- ni el asqueroso e iletrado patán me ha olvidado a mí. Ni un momento ha cesado mi modesta y honrada pluma de pincharle las posaderas. En medio de sus regocijos y de sus orgías, en medio de sus esclavos, sus barraganas y sus millones, siempre hubo un cinife constante que amargara las dulzuras del monstruo. El monstruo también ha sido fiel a su odio, no ha dejado de perseguirme ni un solo día.¹¹

Desde una retórica activada por "afectos y pasiones"¹² que afilia el discurso de Blanco Fombona a una matriz efectista propia de los intelectuales inorgánicos de mediados de siglo, la oposición política se personaliza y degenera en una fuga heroica hacia el individualismo moralizante. Poco más o menos, aunque matizado por variables anarquistas,¹⁴ es éste el mismo vicio que Mariátegui le reclamará a González Prada por no haber concretado "su pensamiento en proposiciones ni en conceptos, |y haberlo esbozado en frases de gran vigor planfretario y retórico, pero de poco valor práctico y científico".¹⁵ Al oponer

estas dos gramáticas, Mariátegui puntó a el arco que describe la emergencia de un nuevo modelo de productor intelectual que desde otros estatutos de verdad construye su discurso teórico sobre dispositivos racionales. Por este cambio en el modelo locutivo y en las matrices discursivas, el uso de un lenguaje ensayístico en vías de hegemonización irá progresivamente purgando y neutralizando sus escritos de las marcas de una retórica elocuente y utópica en retirada.

Sin embargo, este fenómeno que habla de un proceso de especificación y diferenciación de los discursos puede leerse también desde los efectos de poder de una ideología que tendió a prestigiar las categorías de orden y jerarquía sometiendo todo conjunto de materias significantes a un trabajo complejo de codificaciones. Desde la preocupación por la diagramación urbanística, hasta la solución de diferendos territoriales, pasando por la construcción masiva de redes de comunicación o por una creciente diferenciación de los espacios institucionales, de los sujetos sociales, de los grupos económicos y de los discursos culturales, diríase que todas estas prácticas ponen en sistema un mismo paquete de ideas y representaciones donde el efecto centrifugo de límite parece garantizar el "orden y progreso" de la imagen positiva de nación que se persigue. Los 35 años que duró el Porfiriato, los 27 de Juan Vicente Gómez, los 22 de Estrada Cabrera, o los 11 de Leguía, no hacen más que certificar la eficacia discursiva de un modelo que se mide por el reconocimiento que alcanzó en tanto **creencia absoluta** no sólo entre los grupos dominantes sino también entre los sectores subalternos, bloqueando y/o entorpeciendo de esta manera, la emergencia de sistemas orgánicos alternativos hasta bien entrados los años 30.

Dentro de los márgenes permitidos

por este espacio pautado con reglas rigurosas de inclusión y exclusión -y que la sensibilidad modernista tantas veces metaforizó como asfixia y ahogo¹⁷-, la función pública del intelectual-compatible se vio limitada a un violento proceso de institucionalización¹⁸ que asumió las distintas formas de la gestión estatal o académica. Como legisladores, ministros, periodistas, docentes o poetas, se demandó a los intelectuales sentar las bases letradas del discurso hegemónico. Intérpretes y preservadores del orden vigente pusieron su saber a disposición de la legalidad de un estado de derecho¹⁹ que -obvio es decirlo- en pocos casos llegó a traducir el verdadero estado de hechos. Acusados por ello sin remedio de obrar por servilismos al poder, no dejaron tampoco de escribir una nutrida literatura de justificación en la que volvieron una y otra vez sobre la obsesiva autoimagen de funcionarios autónomos.²⁰ Lo cierto es que en muchos pactos de adhesión con la autoridad se registra la superposición de una razón personal sobre una razón instrumental en un juego confuso de estrategias interrelacionales en el que confluyen las atracciones recíprocas de saber y poder. "A mí -escribe Justo Sierra a su esposa en 1901- me tiene en plena aflicción esto de la salud del Presidente -créelo. En primer lugar, porque nadie mejor que tú sabe, que a pesar de mis incorfomidades le he tenido hondo apego personal desde que yo era estudiante. Y esto del afecto no se razona, así era y así es. En segundo lugar, porque **no veo** a Pepe |vale decir, José Limantour, Ministro de Hacienda de Díaz| bien sentado estando muerto o inutilizado don Porfirio".²¹

Tratando de resolver de manera airada y no menos paradójica la virtual esquizofrenia a la que los instaba una incómoda y precaria colocación entre autonomía y servicio, poder y saber, vida pública y vida privada, muchos escrito-

res oficiales se dieron a la tarea de construir sistemas de representaciones sin fisuras y grabados de certidumbres, discursos apodícticos tranquilizados por préstamos provenientes de la ciencia. Desde un doble código de legalidad -la institución y el discurso totalizador-interpretativo que les ofreció el modelo positivista- el intelectual pareció resistir las contradicciones derivadas de su rol como productor activo de una cultura de la eficiencia vaciada mayormente sobre estrategias tendientes a "ritualizar la competencia política".²² No es arbitrario entonces que dos sistemas claves de reproducción cultural como la educación y la tradición hayan monopolizado casi todos los procesos discursivos de la época. Y si se acepta junto a Raymond Williams que la educación es la forma portadora y organizadora más sistemática y efectiva para controlar la tradición,²³ puede entenderse también el prestigio que alcanzó la producción historiográfica en Hispanoamérica,²⁴ prestigio que en algunos países llegó a ser simétrico al del discurso incuestionablemente hegemónico de las ciencias.

Pensando no sólo en **Evolución política del pueblo mexicano** de Justo Sierra sino también en otras obras paradigmáticas como **Cesarismo democrático** de Vallenilla Lanz y aún en **El juicio del siglo** de Joaquín V. González, vale la pena citar extensamente lo que en 1948 Edmundo Valadés llama -no sin acierto- "revisiónismo oficial": "Fue durante el régimen porfirista cuando la historia oficial tomó sólido asiento. Hija de una innatural paz, esa historia fraudada por los adalides literarios del porfirismo, cubrió con el espeso manto de la autoridad, ideas, hombres y hechos que parecían contrarios al ensalmo pacifista; y si conservó algunas figuras y pensamientos fue a guisa de adorno para sus páginas. (...) Leyendo esa historia oficial, crecimos odiando todo lo acaecido en nuestra patria en los prime-

LOS INTELLECTUALES Y LAS "HEREJIAS LIBERALES" EN HISPANOAMERICA

ros tercios del siglo pasado, puesto que los historiadores del Estado sólo nos hicieron conocer los horrores de la traición y del crimen, para realzar la magia pacifista".²⁵

Ratificación del presente y momento de constitución de los panteones nacionales, el discurso historiográfico de los cesarismos reprodujo la doble codificación que recorría el resto de redes sociales del sentido: por un lado y auxiliado con moldes evolucionistas, se absolutizó una tradición representada como continuidad necesaria, y por otro, se asordó el proceso de selección operativa sobre un pasado relativizado en términos de continuidad "predispuesta o deseada".²⁶ Sin embargo, en muchos casos, esta tendencia a la fetichización excesiva de figuras fundacionales provocó el efecto invertido: lejos de la credibilidad y el consenso puso en evidencia el a veces grosero proceso de una selección condicionada, punto por el que se filtró la vulnerabilidad de las "grandes síntesis teórico-políticas" que produjo el sentido hegemónico. Se habló entonces de falsificación de la historia o de los historiadores inescrupulosos y fabuladores y Vargas Vila, en obvia alusión a Mitre, acusó a muchos de haber incurrido en "bartolismo historiográfico". En este cruce de tradiciones dominantes viene a ubicarse la sonada disputa Bolívar-San Martín por ocupar el lugar de "Hegemón del Continente", como lo llamó Rufino Blanco Fombona en un artículo de 1913 disparador de una polémica que en poco tiempo arrastró a toda la prensa hispanoamericana.²⁷ Pero más allá de cualquier resultado comprobable, importa señalar más bien que esta polémica llevó a un primer plano de discursividad la colocación atípica de la Argentina en el continente, generada no sólo desde el interior y a partir de una autoimagen oficializada por el mitrismo, sino también desde el exterior por una intelectualidad hispanoamericana que debió pro-

cesar esta diferencia según otros códigos de interpretación.²⁸ Objeto fóbico por excelencia, la versión ochentista de exitismo argentino fue odiada y deseada a la vez; si por un lado se repudió su megalomanía, su calibanismo y su anti hispanoamericanismo, por el otro, se la reconoció como ejemplo cercano y resultado posible. Diríase que por primera vez Hispanoamérica desquiciaba su histórico sistema de referencias y colocaba a Argentina en la posición privilegiada de modelo intracontinental. Pero a contrapelo de las promesas de solidez eternizadas desde el discurso dominante, el derrumbe del modelo liberal-conservador del '30 vino a demostrar no sólo las precariedades de toda esperanza monumentalizada, sino también vino a desenmascarar el punto muerto al que condujo el abuso legitimador de un lenguaje constitucionalista.

Notas:

1. Real de Azúa, Carlos, "Liberalismo y Principismo" en *Escritos*, Montevideo, ARCA Editorial, 1987.
2. Vallenilla Lanz, Laureano, *Cesarismo Democrático*, Caracas, Tipografía Garrido, 1961, pág. 123.
3. Gramsci, Antonio, *La formación de los intelectuales*, México, Grijalbo, 1988, pág. 30-31.
4. Confrontar en Halperín Donghi, Tulio. "Intelectuales, sociedad y vida pública" en "Hispanoamérica a través de la literatura autobiográfica" en *El espejo de la historia. Problemas argentinos y perspectivas latinoamericanas*, Buenos Aires, Ed. Sudamericana, 1987.
5. Dice Gramsci de los "intelectuales tradicionales": "En la historia todo grupo social 'fundamental' que brota como expresión de la nueva estructura en desarrollo

- la que a su vez surge de las precedentes estructuras económicas- ha encontrado, hasta ahora, las categorías intelectuales pre-existentes, que más bien se mostraban como representantes de una continuidad histórica ininterrumpida hasta para las más complicadas y radicales transformaciones de las formas sociales y políticas", **op.cit.** pág.23.
6. Halperín Donghi, Tulio, **op.cit.** pág. 58.
 7. Dice Gramsci del "intelectual orgánico": "Todo grupo social que surge sobre la base original de una función esencial en el mundo de la producción económica, establece junto a él, orgánicamente, uno o más tipos de intelectuales que le dan homogeneidad no sólo en el campo económico, sino también en el social y en el político." **op.cit.** pág. 21.
 8. Confrontar en Gramsci, Antonio, **op.cit.** pág. 24.
 9. Halperín Donghi, Tulio, **op.cit.** pág. 47.
 10. Verón, Eliseo, "Semiosis de lo Ideológico y del Poder" en Espacios de crítica y producción, Nº1, Dic. 1984.
 11. Galasso, Norberto, **Rufino Blanco Fombona**, Buenos Aires, El Cid Editor, 1977, pág. 277.
 12. Gramsci, Antonio, **op.cit.** pág.27.
 13. González Prada, Manuel, dice en **Horas de lucha**: "(...) a veces (...) las tentativas de reunir a los hombres por algo superior a las conveniencias individuales resultan vanas y contraproducentes. ¡Quién sabe si en el Perú no ha sonado la hora de los verdaderos partidos! ¡Quién sabe si aún permanecemos en la era del apostolado solitario! Hay tal vez que lanzarse al campo de batalla, sin fiar en la colaboración leal de muchos, temiendo tanto al enemigo que nos ataca de frente como al amigo que nos ataca por la espalda. Y en esta lucha desigual, el correligionario de hoy se vuelve mañana un enemigo, mientras el adversario no se convierte jamás en amigo. Los que en el Perú marchan en línea recta se ven al cabo solos, escarnecidos, crucificados.", **Horas de lucha**, Bs. As., Ed. Amicalée, 1946, págs. 23-24.
 14. Dice González Prada en **Páginas libres**: "Desde que la actividad pública se resume en el choque de intereses individuales, hay que derrocar personas antes que elucidar principios. (...) En vez de alusiones hipócritas y solapadas, en ves de murmuraciones callejeras o comunicados anónimos, venga el leal y desembozado ataque al grupo y al individuo. Hasta en la lucha de ideas sirven de blanco los hombres que las encarnan(...)".
 15. Mariátegui, José Carlos, **Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana**, Lima, Biblioteca Amauta, 1928, pág.191.
 16. Verón, Eliseo, **op.cit.**
 17. Real de Azúa, Carlos, "Modernismo e ideologías" en Punto de Vista.Revista de Cultura, Año IX Nº 28, noviembre 1986.
 18. Rama, Angel, **La ciudad letrada**, Montevideo, Fundación Angel Rama, 1987, pág. 91.
 19. En noviembre de 1920 dice Vallenilla Lanz acerca de su libro **Cesarismo Democrático**: "Entre mis convicciones de historiador y de sociólogo y mis convicciones políticas, no hay discrepancia de ningún género.Yo soy en el libro el mismo hombre que en la prensa, en la plaza pública y en el Congreso. Sostengo el régimen actual de Venezuela, porque estoy plenamente convencido por los resultados; de que es el único que conviene a nuestra evolución normal (...)",**op.cit.** pág.213.
 20. "Ni el General Díaz mandará en mis opiniones ni en mis votos" se defiende Justo Sierra cuando la prensa lo calumnia en relación a su Plan . Confrontar en Sierra, J. **Obras Completas**, México, UNAM, 1949, T.XVI, pág. 80.
 21. Sierra, Justo, **op.cit.** T.XIV, pág. 218.
 22. Confrontar en Altamirano, Carlos, "El intelectual en la represión y en la democracia" en Punto de vista Nº 28, noviembre 1986.
 23. Williams, Raymond, **Cultura.Sociología de la comunicación y del arte**, Barcelona, Ediciones Paidós, 1982, pág. 174.
 24. Confrontar en Rama, Angel, **op.cit.** pág. 99-100.
 25. Valadés, José C., **El Porfirismo**. Historia

LOS INTELLECTUALES Y LAS "HEREJIAS LIBERALES" EN HISPANOAMERICA

26. Williams, Raymond, **Marxismo y Literatura**, Barcelona, Ediciones Península, 1980. (pág. 136)

27. En **Camino de Imperfección** Blanco Fombona dice al respecto lo siguiente: "La polémica empezó así. Publiqué en abril en la revista **Hispania**, de Londres, un artículo sobre la actividad de Bolívar después de la batalla de Carabobo. Naturalmente hubo que tratar de las dos políticas y los dos prohombres que se encontraron en Guayaquil para resolver la suerte de América: si debía ser monárquica, según propugnaba el general San Martín, o republicana como Bolívar quería; y sobre cuál de aquellos dos hombres debía ser el Hegemón del Continente.

Los argentinos que gozan ahora de tanta prosperidad nacional, tan justamente satisfechos de sí mismos en cuanto nación; y que se imaginan, con menos justí-

cia, muy superiores al resto de Hispanoamérica, ya que son ahora más opulentos, quieren fabricarse una historia también opulentísima, aunque sea de fantasía! En: Galasso, Norberto, op. cit. págs. 65/66.

28. En carta a Manuel Ugarte, Blanco Fombona afirma: "Es doloroso ver que en la Argentina se tiende poco al hispanoamericanismo y que allí todo el mundo se acantona en el orgullo nacional. De esto tiene un poco de la culpa el General Mitre. Argentina es un gran país, el más grande y simpático de Hispanoamérica y es la flor y el orgullo de nuestro continente y de ese pueblo nos orgullecemos todos. Pero quieren independizarse de las tendencias americanas generales y de las simpatías continentales porque venden más carneros que Uruguay o tienen más ferrocarriles que Perú. Me parece absurdo, antipolítico y antifraternal...". En Galasso, Norberto, op. cit., pág. 25.

- El presente trabajo fue leído en las "V Jornadas de Investigación de Literatura Hispanoamericana" (Buenos Aires, 1989) como resultado parcial del proyecto "El ensayo hispanoamericano entre 1890 y 1930" que dirige Susana Zanetti y a quien agradecemos de manera especial por sus comentarios y precisiones al manuscrito.